



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12312

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIERCOLES 26 DE NOVIEMBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lacroix, rue Clauvartín 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

COSAS PASADAS

Hay hace diez y siete años que las armas de la guerra comenzaron á aducir el último argumento en el asunto planteado á raíz de la proclamación de la República por unitarios y federalistas.

El día se anunciaba espléndido, templado, sin nubes. La aureola de rayos del sol brillaba ya tras los lejanos montes saludada por los mil ruidos que acompañan al despertar del día. Nada hacía presumir que aquella placidez de la atmósfera, aquel cielo de purísimo azul, aquel horizonte de oro, iban á presidir el duelo á muerte de una sociedad que padecía de indigestión de ideas.

La voluntad humana se encargó de cambiar la escena, y al asomar tras la lejana cordillera la aureola del sol, sonó en la campiña el primer cañonazo.

¡Qué día aquél! Las bocas de guerra vomitaban masas férreas rellenas de explosivos, y al caer y chocar estallaban rotas en mil pedruzcos, cada uno de los cuales era un mensajero de la muerte. Las baterías sitiadoras atacaban con furia y la ciudad se defendía con denuedo. Sobre ambos campos caía lluvia de proyectiles; y en tanto que sitiados y sitiadores se entrechocaban furiosos á los horrores de aquel duelo mortal, un ejército de emigrados, coronando las alturas próximas al lugar del combate, contemplaban con verdadero horror aquella tragedia en que peñaban sus hogares.

Cada uno de aquellos cañonazos levantaba tempestades de odios. Y duró tanto el duelo; se dispararon tantos cañonazos en los cuarenta

y siete días que duró la terrible tragedia, que parecía imposible que llegara a gastarse el odio que engendrara

Por fortuna no pasa en balde el tiempo. Este ha curado las heridas; ha cegado los abismos que abrieron la ambición y el encono; ha hecho surgir de aquella Cartagena arruinada una población nueva; ha creado nuevos intereses obligando á acercarse á los que eran enemigos, y la paz se ha fundado sobre aquella montaña de odios que el tiempo ha socavado poco á poco hasta convertirla en llanura.

De aquel suceso ya no queda nada: el recuerdo no mas. Las diferencias, los rencores, los odios, el dolor de las heridas, las lesiones en los intereses materiales, todo, todo se ha borrado en bien de Cartagena y sus hijos, que necesitan más que armarse para combatir, aunarse para hacer de esta querida tierra campo extenso de múltiples industrias.

TIJERETAZOS

El señor Martín Sánchez, un diputado que hace consumo de oratoria en el Congreso, ha acusado al ministro de Agricultura porque es parco en hablar.

El ministro lo ha desagraviado contestando con cierta extenuación á una pregunta; pero el señor Martín Sánchez, que debe ser hombre de difícil gusto, no ha quedado contento y ha dicho al ministro:

«Se gobierna con hechos, no con palabras.»

Por cierto que le ha contestado el consejero responsable:

«Por eso soy parco.»

Esa contestación deja á cualquiera pegado á la pared, aunque sea diputado y se llame Martín.

Han publicado los periódicos la zona militar de costas y fronteras.

En la de costas, en la parte que afecta á nuestro territorio, la línea límite pasa por Orihuela, Murcia, Totana, Lorca y Huércal Overa.

¡Diablo! Por más que lo pienso no llego á comprender que forme parte de la zona de costa la huerta de Murcia.

¡Pues y la de Lorca? Lo dicho, no entendemos una palabra de semejante asunto.

Pero nos parece que los propietarios de esa zona querrán entenderlo.

A un fiscal municipal de cierto pueblo le han dado una paliza cuatro cariñosos concejales.

A un delegado de la policía madrileña le han tirado un vaso que á poco más le rompió la cabeza.

¡Qué respeto á la autoridad se usa en nuestro país!

Aquella será mala.

Pero el pueblo ¡es mejor!

MICROSCOPICAS

Hay noticias que agustan y erizan los cabellos, haciendo pensar si ciertos hombres están animados por cosa distinta que el alma.

Hay quien mata á su padre y se queda tan fresco. ¡Qué bárbaro!

En San Sebastián se ha dado un caso ahora.

Marcial Pablo Arzac y su hijo José Miguel rifieron al salir de una taberna.

Le rifa la ganancia en apuestas, del cual dicen los periódicos que traen la noticia:

«El individuo en cuestión manifestó al juzgado que al pasar por la carretera vió que estaban rifiendo Marcial Pablo y su hijo José Miguel, encontrándose éste encima de su padre.»

Da frío leer esto, un frío que hace dar diente con diente y sudar á la vez.

¡Bárbaro, más que bárbaro!

¡Matar á quien le dió la vida, al hombre que lo trajo al mundo, al que trabajó para

alimentario cuando pequeñito, al que lo asistió en sus enfermedades y lo defendió del hambre y del frío cuando él no podía defenderse!

¡Bárbaro, más que bárbaro!

Más que huésped de alcoba, debió ser desde que vino al mundo huésped de algún cubil. Su patria no debió ser la ciudad, ni el pueblo, ni la aldea, sino el bosque africano donde viven devorándose panteras y chacales: que pautera á chacal es—y no hombre—ese José Miguel á quien se ha

visto montado en su padre, dándole puñaladas.

Se habla de la pena de muerte para pedir su abolición.

¡Abolirla...!

Es verdad: no hay derecho á quitar lo que no puede darse.

Más cuándo quiere picarnos una vivora la pluma para librarlos de sus terribles picaduras.

¡Bárbaro, más que bárbaro!

RAUL.

DEL LIBRO "NARYAEZ,"

Ayer fué puesto á la venta en toda España, el segundo tomo de la obra serie de los «Episodios Nacionales» que está publicando el célebre novelista D. Benito Pérez Galdós.

De dicho libro, que como todos los del citado autor, no tiene desperdicio, vamos los siguientes párrafos para que los saboreen nuestros lectores:

«Nos sentamos, y sacando cigarrillos, á todos los dí, y fumaron el padre y los hijos mayores.

Mi mujer, que de mi brazo se colgó pidiéndome en algunos momentos, lo desplegaba los labios, y Miedes hablaba con voz queda con la moza Lucilla, cuyo timbre de voz hasta mí llegaba como dulce y lejana música. Interrogado Anáñez por el Cita y por mí acerca de las desdichas que le habían traído á tal pobreza y desamparo, se sentó en una piedra, y con gran sencillez de lenguaje, ni jactancioso ni servil, sino en un punto de sinceridad grave, nos dijo:

«Yo, señores míos, soy un hombre de buen natural, ni de los que van para santos, ni de los que merecen condenarse; pero cuando me ponen en condición de serlo, malo cuando me obligan á volver por mi interés; mas no tanto que puedan tirarme la piedra.

El mundo es malo de por sí, y esta nuestra tierra de España tan sembrada y rodada está de males, que no puede vivir en ella quien no se deje poner trabas en manos y pies, dogales en el pescuezo, que al

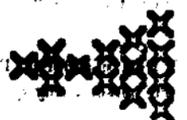
modo de condoleos á los infortunados lejanos que nos aspritan el maldito Gobierno, y lazos los arbitrios en que nos cogen para comernos unos á otros que el mundo político, alcalde, obispo, escribano, procurador, vicario, repartidor de dotaciones, cura párroco, fiscal de reales, guardia civil, ejecutor y toda la turba que mandamos por arriba y por abajo, sin que uno se pueda zafar...»

«Yo, aquí donde me ven, no soy de los más locos, que los señores de España me enseñaron lectura y escritura, y me apaciguaron el entendimiento con libros que en mí dejaron alguna ciencia, aunque corta...»

«Pero ¿quién sabe cómo pasó de aquel vivir á otro, y me metió á labrarlo, lo cual fué, pueden creerme lo, como meterme en el tabernáculo de la perdición y en el infierno de la miseria. Quien dice labrarlo dice pagar, hambre, contribución, apremios, multas, papel sellado, embargo, pobreza y deshonra...»

«Pues aunque labrador, digo que no soy terdo, y que si no falta paciencia, condición primera del que se pone á dar maldanzas en la tierra mirando siempre para el cielo, me sobra lo que llamamos orgullo, ó como se dice apersonamiento, que es el hábito de no dejarse atropellar, ni permitir que á uno le pogen y atosiguen.

«Labrar la tierra es cosa dura, ¡ay!... ¡con doscientos y el portero!... y por labrarla de peor suerte, con trabajo propio en tie-



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 140

derecha en aquella multitud, compacta hasta el punto de reventar la lona de la tienda, donde lo que acababa de pasar seguía trayendo gente. Pero viendo que esa marea de hombres no cesaba de subir, y á fin, de recibir auxilios de fuera desembarazarse, alzaron el grito que esperaban sus amigos alrededor de la tienda como una voz de mando: «¡A nosotros trigueros!»

«¡Debí ser un espectáculo curioso! Los trigueros respondieron á ese grito restallando los látigos terribles, y empezaron á repartir latigazos que cortaban las caras lo mismo que alfanjes damasquinos. ¡Fué una verdadera carga, y fué también una batalla! Todos los garrotes de fresno se alzaron en una inmensa superficie, se interrumpió la feria, y jamás menudearon los golpes sobre el grano; cuando se apales, como menudearon aquel día los garrotazos sobre las cabezas. En aquel tiempo la política salta á la superficie de todo. El menor golpe hacía brotar sangre cuyo color se reconocía á la primera gota. De veinte lados á la vez partió el grito de «¡Son los chuanes!» A ese grito searon generría. El tal toque que nosotros no habíamos oído desde lo sito de la torre de Touffedelys, resonó en todo Avranchea, y lo levantó en masa. El batallón de los azules quiso lanzarse á la bayoneta, al través del mar humano que ondulaba por el campo de la feria pero imposible! Hubiera sido

141 EL CABECILLA DESTUCHES

preciso abrir un paso en el seno de la agitada muchedumbre de hombres, de niños y de mujeres, que por sola presión y por su solo peso, podía aplastar á aquel puñado de chuanes. Los Doce, ó mejor los Once, porque Vinel-Royal-Audis estaba en prisión; los Once, que parecían un torbellino en el centro de aquel mar humano cuyo oleaje rozaban en la cara, defendiéndose con los látigos y el moñete de sus garrotes, derribaban en torno suyo á los que los empujaban, y les devolvían golpe por golpe...

«Todo era desorden en aquel campo, todo eran apreturas sofocantes, oscilaciones inmensas de una multitud, en cuyo seno algún caballo, enloquecido por los gritos, por el ruido del tambor, por el olor del combate que empezaba á subir de aquella llanura agitada por la cólera, se encabritaba enseñando las herraduras por cima de las cabezas, y donde acá y allá se amontonaban, mugiendo, manadas de bueyes espantados hasta el punto de subir los unos sobre los otros, temblándoles el espinazo, levantadas las ancas y tiesa la cola como la pielea un tábano. Pero el sitio donde repartían cintazos los Once no ondulaba ya; se ahuecaba. ¡Brotaba y humeaba la sangre como el agua bajo la rueda del molino! Allí no se andaba más que sobre cuerpos caídos como sobre hierba, y la circunstancia de estar machacando aquellos cuerpos con sus pies sugirió á todos los Once la misma